

LA RENDICIÓN SILENCIOSA

Cada cuatro años los liberales desenganchan el carro y lo ponen delante de los bueyes, argumentando que la única forma de propiciar un mañana mejor es votar por el candidato demócrata. Pero, a menos que el elegido y el Congreso se vean impelidos por corrientes sociales demasiado fuertes para ignorarlas o desafiarlas, nada alterará la vía elegida en principio por los comandantes supremos del país y sus respectivos partidos. En el imperio estadounidense de hoy día, esa vía nunca tiende a mejorar las cosas. Nuestra tarea no consiste en entretenernos sobre cuál es la menos mala de las dos alternativas, que sólo supondría un pequeño desvío de la misma autopista.

Tal como se desarrollan ahora, las campañas presidenciales, centradas casi exclusivamente en los candidatos de los dos principales partidos, son más que inútiles para proporcionar una oportunidad para el debate nacional. Considérese la cantidad de cuestiones en las que existe un acuerdo tácito entre el Partido Demócrata y el Republicano, ya sea por principio o porque ambos coinciden en que, aparte de las mutuas acusaciones rituales, no son cuestiones que se deban discutir en un foro público: el papel de la Reserva Federal; la política comercial; la redistribución económica; el papel y el presupuesto de la CIA y otras agencias de inteligencia (casi todas ellas militares); el desarme nuclear; la reducción del presupuesto militar y la distribución de encargos a los proveedores de pertrechos; el papel y las actividades del Banco Mundial, el FMI o la OMC; el crimen, el castigo y el abarrotamiento de las prisiones; la guerra contra las drogas; las ayudas a las empresas; la política energética; la política forestal; el acoso a las pequeñas granjas y explotaciones agrícolas; Israel; la corrupción del sistema político; la ocupación de Iraq. El resultado más significativo del proceso electoral, concretamente el consenso entre los supuestos adversarios en cuanto a lo que debe quedar fuera de la agenda, se les impone habitualmente a los eventuales votantes semanas o meses antes del día de las elecciones.

Evidentemente, ambos partidos se denigran mutuamente con grandes palabras, pero, en su mayor parte, se trata sólo de un espectáculo para apaciguar a los propios votantes al tiempo que se cumple el mandato de quie-

nes pagan la fiesta. En la Cámara de Representantes, cuestiones como la defenestración de la Constitución estadounidense provocada por la Ley Patriótica tan sólo suscitan opiniones divergentes de apenas 30 congresistas de ambas alineaciones políticas que se muestran dispuestos a apartarse de la política del *establishment*. El punto más bajo se alcanzó el 14 de septiembre de 2002, cuando una resolución conjunta de la Cámara y el Senado autorizando al presidente a «utilizar toda la fuerza necesaria y apropiada contra aquellas naciones, organizaciones o personas que considere que han planeado, autorizado, alentado o contribuido a los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001» obtuvo sólo un «no», el de Barbara Lee, la representante demócrata por Oakland. El estentóreo respaldo concedido en julio de 2004 al apoyo de Bush al «plan de paz» de Sharon por la Cámara de Representantes obtuvo 407 síes y 9 solitarios noes¹.

Entropía imperial

En el calendario de la política cotidiana estadounidense, las nominaciones cada cuatro años y las elecciones presidenciales han ofrecido durante los últimos cuarenta años un menú cada vez más corto y estrecho. Retrocediendo hasta 1964, la convención demócrata que nominó a Lyndon Johnson vio cómo la dirección del partido rechazaba la aparición de Fannie Lou Hamer y del Partido Demócrata por la Libertad de Misisipí como legítima delegación en representación de ese Estado. Los rebeldes negros fueron derrotados en una batalla que quedó grabada en la conciencia política de quienes participaron o tan siquiera observaron la refriega. Había enfrentamiento político, y atronó el sonido de las trompetas y el choque de los sables característicos de una auténtica lucha. En la convención de Chicago de 1968 todavía hubo oposición contra LBJ, aunque de forma más

¹ Los pronunciamientos belicistas raramente encuentran mucha resistencia entre los cautos legisladores. Wayne Morse y Ernest Gruening fueron los dos únicos senadores que votaron contra la resolución del golfo de Tonkín en 1964. En 2003 oímos un eco elocuente de aquella insubordinación en Robert Byrd y otro par de senadores, entre los que se encontraba Ted Kennedy. Pero la entropía sigue erosionando incesantemente el paisaje. Byrd, de Virginia Occidental, tiene ochenta y seis años. Ernie Hollings, de Carolina del Sur, está a punto de dejar el escaño, perseguido por las maldiciones del *lobby* israelí por haberse atrevido en mayo de este año a escribir una columna para el *Charleston Post Courier* en la que decía que «Bush cree que las reducciones de impuestos mantendrán unido a su electorado, y que, al ir extendiendo la democracia en Oriente Próximo para fortalecer a Israel, arrebatará votos judíos a los demócratas». El Congreso es ahora un lugar infinitamente más aburrido y más conformista que hace dos o tres décadas. Parlamentarios vivaces como Wright Patman y Henry González, de Texas, en cuyos corazones todavía ardía el rescoldo de la insurgencia populista, han desaparecido hace mucho tiempo, junto con hombres como Gruening, Morse y Harold Hughes, de Iowa. Hughes, antiguo camionero y alcohólico rehabilitado, era un tipo estupendo, que en 1976 explicaba a un entrevistador de televisión que le había preguntado si se presentaría como candidato para la nominación presidencial demócrata: «Si le digo que si fuera presidente y me comunicaran que los soviéticos habían desencadenado un ataque nuclear por sorpresa y que sus misiles se acercaban a nuestras costas, ordenaría no responder, comprenderá por qué no puedo ser candidato a esa nominación». Probablemente el tipo más independiente en la Cámara actual sea Ron Paul, el republicano libertario de Texas.

educada, con el reto de Eugene McCarthy, cuyo llamamiento en favor del cisma no podía ser más respetable viniendo de un hombre que había ascendido en el Senado estadounidense como demócrata liberal ortodoxo durante la Guerra Fría².

Cuatro años después, cuando George McGovern trató de prender de nuevo la antorcha contra la guerra, los poderes establecidos del partido, los caciques sindicales y los hombres de dinero hicieron cuanto pudieron para sofocar su modesta brasa, rindiendo deliberadamente el campo frente a Richard Nixon, por el que votaron muchos de ellos. Aun así, comparado con los estándares actuales, aquel extraño Nixon, bajo cuya égida se fundó la Agencia de Protección del Medio Ambiente, se aprobó la Ley de Seguridad y Salud en el Trabajo, se celebró por primera vez el Día de la Tierra, se establecieron relaciones diplomáticas con la China de Mao y el keynesianismo se aceptaba como un hecho inevitable de la vida, sería considerado hoy día un radical inaceptable. Por supuesto, fueron las presiones históricas de la época las que moldearon las iniciativas de Nixon: el contexto de la Guerra Fría, la creciente marea de luchas en el Tercer Mundo (en particular y sobre todo la de Vietnam), las victorias sindicales, la insurgencia en las ciudades, la contracultura... Lo mismo se puede decir en cuanto a los nombramientos de jueces, lo que suele ser el último argumento desesperado de los liberales que piden que todos se vuelvan a unir bajo la Gran Carpa Demócrata. Los Black, Douglas, Marshall y Brennan llegaron al Tribunal Supremo impulsados por más de una década de cambios políticos y culturales, más que por la buena fortuna de una nominación confirmada. La decadencia del liberalismo se refleja claramente en la calidad de los jueces instalados ahora en los tribunales federales de distrito. Si miramos al Tribunal Supremo estadounidense, la historia es capciosa. Los dos mejores del equipo actual, Stevens y Souter, fueron nombrados por los presidentes republicanos Ford y G. H. W. Bush.

Con Jimmy Carter llegaron los presagios del neoliberalismo, cuyo auge frenético fue un rasgo primordial de los años de Clinton bajo la dirección de los «nuevos demócratas» del *Democratic Leadership Council*; pero en aquella época, en la segunda mitad de la década de los setenta, Carter todavía tenía que vigilar su flanco izquierdo, de donde le llegaban eloquentes ataques como el de Barry Commoner y su Partido de los Ciudadanos en 1976, y luego en 1979-1980 el del senador Edward Kennedy, quien desafió a Carter por la nominación enarbolando como banderín de enganche el *New Deal* liberal de la vieja escuela. En la batalla política más dura de la década de los ochenta los líderes y expertos del Partido Demó-

² El propio McCarthy era consciente de los límites de su «test del sistema». En plena campaña señaló al periodista Andrew Kopkind: «Puede que hubiera sido mejor dejar que las cosas empeoraran hasta llegar a una rebelión de los campesinos. Quizás habría sido mejor retirarse y dejar que la gente encendiera hogueras en las colinas». Como bien sabía, el Partido Demócrata existe para aplastar las revueltas campesinas y para apagar las hogueras que se enciendan en las colinas.

crata se alinearon hombro con hombro contra la última campaña coherentemente populista de izquierda hasta el día de hoy en ese partido: la de Jesse Jackson y la coalición Arco Iris. JoAnn Wypijewski resume así el trato dado por Clinton a las fuerzas de Arco Iris:

Haciendo un rápido repaso del periodo 1993-2000, a la franja negra del Arco Iris se le respondió con el proyecto de Ley sobre el Crimen, a las mujeres con la «reforma de las políticas de bienestar», al movimiento obrero con el ALCAN, a los gays y lesbianas con la Ley de Defensa del Matrimonio. Aunque en sus primeros años de mandato el Congreso estaba dominado por los demócratas, los pacifistas no consiguieron reducciones el presupuesto militar, los sindicatos se vieron abandonados en el intento de incrementar la afiliación, los defensores de la estatalidad de Washington DC no recibieron ayuda (a pesar de que la estatalidad garantizaría prácticamente dos senadores demócratas más, y mayor representación en la Cámara de Representantes); los defensores de la unificación de los servicios sanitarios tuvieron menos que nada. Desde el día en que Clinton accedió a la presidencia hasta el día que la abandonó, fueron encarceladas 700.000 personas más, en su mayor parte pertenecientes a minorías; hoy día uno de cada ocho hombres negros no puede votar porque están en prisión, en libertad condicional o sometidos a determinadas medidas de seguridad³.

Todo para Clinton

Cuando Clinton inició su carrera por la presidencia a comienzos de la década de 1990, la resistencia de la izquierda, tanto dentro como fuera del Partido Demócrata, estaba en pleno reflujó, y así permaneció durante sus dos periodos presidenciales. Clinton, maltratado desde sus primeras semanas por cualquier asomo de desviación con respecto a la agenda de Wall Street —como antes de él Carter, quien también contaba con una mayoría demócrata en el Congreso—, había perdido de hecho cualquier posibilidad de innovación al final de su primer semestre, y no había presión desde la izquierda que lo sostuviera ni siquiera en las tímidas promesas de su campaña. A finales de abril de 1993 había vendido a los refugiados haitianos, había entregado la política sobre África a un hombre nombrado por Bush, Herman Cohen, dando así a Jonas Savimbi luz verde para masacrar a miles de personas en Angola; puso a agentes de Israel a cargo de la política en Oriente Próximo; fomentó la industria armamentística con un presupuesto en el que el gasto proyectado para 1993-1994 era más alto en dólares constantes que el gasto medio durante la Guerra Fría de 1950 en adelante; incrementó el gasto en espionaje; mantuvo la financiación de la DEA; puso a Wall Street a cargo de la economía nacional; vendió los derechos de pasto y minería en tierras de propiedad pública; impulsó el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (ALCAN);

³ JoAnn WYPJEWSKI, «The Rainbow's Gravity», *The Nation* (2 de agosto de 2004); publicado de nuevo en Alexander COCKBURN y Jeffrey ST CLAIR (eds.), *A Dime's Worth of Difference, Beyond the Lesser of Two Evils*, Counterpunch/AK Press, 2004.

se zambulló en el desastre de la «asistencia regulada», presentada como «reforma sanitaria» por Hillary Rodham Clinton y él mismo.

Un año tras otro el movimiento de mujeres, los sindicatos, los principales grupos ecologistas, los defensores de las libertades civiles, los grupos de opinión liberales y las redes de interés público permanecieron mudos, mientras Clinton apoyaba las posiciones republicanas y abandonaba a su suerte a las madres solas pobres, a los trabajadores, a los bosques, a los montes y a las protecciones constitucionales. Una figura muy representativa de esa deriva fue Marian Wright Edelman, amiga de la primera dama, dirigente de la Fundación de Defensa de los Niños y leal militante del Partido Demócrata desde las salvajes guerras de Fannie Lou Hamer y de la gente de Mississippi Freedom en 1984. En mayo de 1996 Edelman organizó una asamblea de Save the Children en el monumento a Lincoln, en la que prometió dedicar sus esfuerzos a la construcción de una América justa. Invocó a Lincoln y criticó indirectamente a George Bush Sr. El nombre del ocupante de la Casa Blanca, que acababa de respaldar en Wisconsin un programa republicano que proponía acabar con el bienestar como un derecho y poner un límite de cinco años para las subvenciones hasta entonces vitalicias, nunca salió de sus labios.

El desplome del frente liberal de defensa de los niños tuvo como paralelo una rendición similar en todos los campos de la política pública, desde el equilibrio presupuestario a las libertades civiles, desde el crimen a la atención sanitaria. Cuando les pidieron explicaciones por su pusilanimidad, los liberales explicaron que las hordas republicanas que habían barrido en las elecciones al Congreso en 1994 eran tan bárbaras como la perspectiva de tener a Dole en la presidencia, por lo que no tenían otra alternativa que poner los carros en círculo en torno a Clinton⁴. Los liberales quedaron consternados cuando Clinton, durante su campaña por la reelección en 1996, asumió la propuesta republicana de «reforma de las políticas de bienestar», pero no hicieron nada. No hubo rebelión, ni agitación, ningún desafío «divisor» ni nada parecido. El Partido Demócrata, desde los gobernadores del Democratic Leadership Council (DLC) hasta los grupos liberales interesados por el bienestar público, se apiñó en torno a su líder y todos marcharon hombro con hombro hasta finales de la década de los noventa, siguiendo una vía marcada por la mayor orgía de latrocinio empresarial de la historia, por la desregulación de la banca y de la seguridad alimentaria, por tasas de explotación forestal seis veces superiores a las de los años subsiguientes de Bush,

⁴ La rendición fue lo bastante significativa como para suscitar el escarnio por parte del difunto Daniel Patrick Moynihan, quien en medio de una denuncia implacable de las propuestas de Clinton de «reformar» las políticas de bienestar, declaró desde el Senado: «Hay muy pocos grupos de apoyo fuera. Pueden unirse a mí y mirar directamente desde donde yo estoy al Tribunal Supremo, sin que nada se interponga. Ni uno solo de esos grupos tan ufanos y arrogantes dedicados a proteger a los niños, los necesitados, los sin techo y lo que ustedes quieran». Y esto venía de uno de los principales portavoces en los primeros años de Nixon de la idea de «no prestar demasiada atención» a la pobreza negra.

por una gran expansión de la pena de muerte y por la reafirmación de las leyes racistas sobre la droga, por los fundamentos de la Ley Patriótica y por el criminal bombardeo de Yugoslavia.

Clinton presidió la aprobación del ALCAN, insultando a los trabajadores con la farsa de acuerdos anejos sobre «derechos» que nunca entrarían en vigor. Resultado final: la mitad de las empresas estadounidenses en las que se han intentado organizar sindicatos intimidan a los trabajadores diciéndoles que la constitución de un sindicato obligaría a la empresa a dejar la ciudad; el 30 por 100 de ellas despiden a los activistas sindicales (alrededor de 20.000 cada año); sólo uno de cada siete intentos de organizar un sindicato de empresa tiene alguna probabilidad de ser sometido a votación, y de las que arrojan como resultado un «sí» a la sindicalización, menos de una de cada cinco tiene la posibilidad de que el sindicato sea reconocido contractualmente. Las encuestas sugieren que el 60 por 100 de los trabajadores no sindicalizados se incorporarían a un sindicato si tuvieran la posibilidad de hacerlo. Los demócratas no han presentado ningún proyecto de ley para ayudar a los organizadores sindicales; por el contrario, han hecho campaña contra proyectos de ley que les podrían haber favorecido⁵.

El actual presidente

No hay necesidad de detallar en estas páginas la espantosa presidencia de Bush. Sus realizaciones y su personalidad han quedado ilustrados más allá de la caricatura por docenas de furiosos críticos, culminando en la película *Fahrenheit 9/11*, de Michael Moore, con la que se inició la campaña demócrata⁶. Consiguió su fortuna y su presidencia de forma deshonesta. Su recristianización oficial no le llevó a la compasión sino a la venganza. Los genes y la educación lo han convertido en un estofado mendeliano de lo peor y

⁵ Como señalaba Adam Lapin en 1948 en *The Third Party*, un folleto publicado en apoyo de Henry Wallace y de su Partido Progresista: «Los crudos hechos demuestran que los demócratas votan cada vez más como los republicanos. Si el proyecto republicano Taft-Hartley se convirtió en ley por encima de la oposición del presidente, fue porque muchos de los demócratas se aliaron con los republicanos. Sólo 71 demócratas de la Cámara votaron en apoyo de la posición del presidente mientras que 106 votaron en contra. En el Senado 20 demócratas votaron para superar el veto y 22 para mantenerlo». Aquella ley, que capacitaba al capital para destruir las organizaciones obreras cuando le pareciera conveniente, fue aprobada con los votos de ambos partidos, algo que nunca nos contarán la AFL-CIO ni las roncadas gargantas que aclaman al candidato demócrata cuando intenta comprar en los mítines el voto de los trabajadores. Como decía Lapin: «La Administración demócrata desarrolla la política exterior de Wall Street, y el Partido Republicano su política interior [...]. Por supuesto, los papeles de ambos son a veces intercambiables. Fue el presidente Truman quien rompió la huelga de los ferroviarios en 1946, quien pidió leyes para militarizar a los huelguistas y quien inició las duras multas contra el sindicato minero».

⁶ La película de Moore evitaba cuidadosamente cualquier mención de Israel o la asistencia de millones de personas a las manifestaciones contra la guerra, por no hablar de la actuación de Clinton con respecto a Iraq.

lo más vulgar de la antropología de las elites tejana y del nordeste⁷. Pero, a pesar de su personalidad poco atractiva y sus severas limitaciones, Bush no merece la histérica execración que se acumula cotidianamente sobre su cabeza. Reagan era mucho peor, y también lo era Clinton en algunos aspectos significativos. Se acusa a Bush de haber matado entre 3.500 y 4.000 civiles afganos y entre 12.000 y 14.000 iraquíes; según estimaciones prudentes, Clinton aprobó la carnicería, mediante ataques militares directos o mediante sanciones, de un número 10 veces mayor; muchos más si se suman los que murieron en el genocidio de Ruanda, perpetrado en parte porque Clinton pretendía mantener el foco internacional centrado en Yugoslavia⁸.

El otro mito idolatrado por los liberales, el supuesto abismo que separa la política exterior de Bush de la que habría impulsado Al Gore, queda desmentido por las propias palabras de este último cuando reproducía sus ataques de 1992 contra George Bush Sr. por no haber acabado con Saddam Hussein. Gore proclamó en el Senado estadounidense que Saddam era

una amenaza para la seguridad regional e incluso global [...]. La amenaza que representa es tan grave que responderle con la fuerza no sólo es legítimo sino que podría ser inevitable [...]. Saddam Hussein tiene más soldados de los que tenía Hitler los primeros años de la Segunda Guerra Mundial.

Durante la campaña de 1992 Gore escribió en *The New York Times* que «esperar una relación constructiva con Saddam Hussein es como si esperaríamos convertir una cobra en un animal doméstico», que Saddam Hussein «no es una parte aceptable del paisaje» y que «su régimen ba'azista debe ser igualmente desmantelado». Como decía en *Larry King Live*: «Deberíamos haber empleado cualquier política –y deberíamos hacerlo ahora– para derrocar ese régimen y asegurarnos de que Saddam Hussein desaparece del poder».

⁷ Con respecto a las deficiencias estructurales de su configuración psicológica me inclinaría por achacarlas a su madre Barbara, una de esas personas desagradables que se complacen en exhibir su propio mal genio, a diferencia de la deliciosa madre de George Sr., Dorothy. El reciente libro de Justin FRANK *Bush on the Couch: Inside the Mind of the President* (Nueva York, 2004), una exploración kleiniana de la psique de Bush, ofrece un balance escalofriante. Mientras George Sr. vagabundeaba por el Suroeste y México, ella se mantenía encerrada en un lúgubre apartamento en Odessa, Texas, al borde de la cuenca permiana, lejos del educado Connecticut. Pegaba con frecuencia a sus hijos, se negaba a cocinar para ellos y, cuando su hija Robin murió de cáncer, no se lo dijo a George Jr. y se fue a jugar al golf. No asistió al funeral de su propia madre, lo que sugiere que la negativa de Bush a asistir al de los soldados muertos en Iraq podría tener raíces más profundas que el escamoteo político de cualquier relación con el lado oscuro de la guerra.

⁸ Cifras correspondientes a Bush: con respecto a Afganistán, véase Marc HEROLD, «Dossier on Civilian Victims of United States' Aerial Bombardment of Afghanistan», accesible en la página web de la Universidad de New Hampshire; con respecto a Iraq, véase la página web, basada en informes de agencias. Cifras correspondientes a Clinton: Richard GARFIELD, «The Public Health Impact of Sanctions», *Middle East Report* 215 (verano de 2000), p. 17: «Una estimación a la baja del “exceso de muertes” entre los niños y niñas de menos de cinco años [en Iraq] desde 1991 sería de 300.000».

El senador fantasma

¿Y la candidatura de Kerry en 2004? Como candidato estimulante es lamentable, un político aún más viscoso y frío que Michael Dukakis y, debido a su glacial esnobismo, menos atractivo. Los demócratas lo saben en el fondo de su alma. Si se les pincha señalándoles la sosería de Kerry, que recuerda una sopa de pescado tibia en un día húmedo en Boston o al llorón Ed Muskie entre las nieves de New Hampshire, responden casi a gritos: «¡No quiero oír ni una palabra contra Kerry!». Es como si el candidato demócrata hubiera estado enterrado, esperando la resurrección como presidente, con una guardia de honor de la Organización Nacional de Mujeres, la AFL-CIO, la Liga de Votantes por la Conservación [de la naturaleza], los Contribuyentes por la Justicia y la Asociación Nacional por el Progreso de la Gente de Color. Abrir la tumba prematuramente, admitir el oxígeno de la vida y la crítica, es como blasfemar contra la propiedad política. Entre la adulteración del sistema político y la ausencia de cualquier debate político serio entre los liberales y la mayor parte de la izquierda, el candidato demócrata se convierte en una especie de «cualquiera» hegeliano, como en el lema «Cualquiera menos Bush»⁹.

La vacuidad interna de Kerry resulta así particularmente apropiada. Situado con inseguridad desde su infancia en los márgenes de la elite, un oportunismo calculador ha sido la principal orientación en su vida, ya fuera persiguiendo a mujeres ricas o planeando su carrera política. Sus cuatro meses en Vietnam –durante los que obtuvo cinco medallas (véase el *addendum*), que le bastaron para conseguir que le transfirieran a una oficina como ordenanza de un almirante en Nueva York, y para ganarse el mote de «Rápido John» acuñado por los que dejó atrás– fueron seguidos, tras un año y medio de cauta consideración, por cinco meses de amplia cobertura por los medios como principal portavoz de los Veteranos de Vietnam Contra la Guerra, lo que le sirvió como trampolín para su primer intento (fracasado) de llegar al Congreso. Su estancia en Vietnam se convirtió en blanco de una campaña de desprestigio a finales de agosto de 2004 que desconcertó a Kerry de modo palmario, aparentemente indignado por esos ataques a su honor marcial por parte de un presidente tan indiferente a la llamada a las armas que ni siquiera se dignó pasar por un chequeo médico rutinario para

⁹ Muchos de los partidarios de ese lema se han pasado 2004 situando a Bush fuera del espectro habitual en cuanto a su sumisión a la agenda empresarial y neoliberal, y presentando la elección de este año como la última oportunidad para hacer frente al fascismo. El frenesí Bushcomo-Monstruo ha llenado todas las librerías con panfletos histéricos que convierten al presidente en un híbrido entre Calígula y Nerón al que le falta incluso la afición a la lira de este último. Paradójicamente, el lema «Cualquiera menos Bush» ha engendrado una perspectiva extraviada que lo convierte de hecho en el único factor sustantivo del panorama político. En la enorme manifestación en vísperas de la convención republicana hubo «quizá 450.000 personas en las calles de Manhattan, todas las cuales odian a Bush, pero sólo vi a diez personas con emblemas de Kerry/Edwards, y quizá a dos con emblemas de Nader/Camejo. La gente no vincula el odio a Bush con el voto por Kerry». JoAnn Wypijewski, «The Rainbow's Gravity», cit.

mantener su puesto en la Guardia Nacional. Pero Kerry sólo puede culparse a sí mismo, ya que fue él quien tomó la decisión de explotar lo que en otro tiempo, con igual oportunismo, repudió, ufanándose en Boston de las medallas que se cuidó muy mucho de exhibir en las asambleas contra la guerra en las que decía haber desempeñado un papel estelar a comienzos de la década de los setenta.

Los cuatro periodos senatoriales de Kerry (incluido el actual que concluirá en 2008) desde que consiguió salir elegido en 1984 no han dejado apenas huellas de interés. Los propagandistas de Karl Rove se han esforzado por transformar esta figura absolutamente convencional en un radical sedicioso, dedicado a dismantelar el Pentágono¹⁰. Un miembro veterano de uno de los comités de asignaciones militares me lo describió despectivamente como «el senador fantasma; por lo que a estos asuntos respecta es como si no existiera». Por el contrario, Kerry ha empleado su tiempo con más provecho en recaudar fondos a una velocidad que lo sitúa en el decil más alto de los actuales senadores. En 1990 ya pudo gastar 8 millones de dólares en su reelección, pasando a 10 millones en 2002, aunque había reunido más: un total de 15 frente a una media de menos de 5 millones para los senadores que pretendían la reelección ese año. La mayor parte de ese dinero provenía de empresas financieras, de seguros, inmobiliarias, bufetes de abogados y grupos de presión.

Aunque una vez conseguida la nominación se ha retratado asiduamente con los barones sindicales, Kerry votó por el ALCAN, la OMC y prácticamente cualquier otro pacto comercial perjudicial para el empleo que llegaba al Senado. Cortejó y obtuvo el respaldo de prácticamente todas las asociaciones policiales del país, pidiendo repetidamente otros 100.000 policías en las calles y condenas aún más duras para los crímenes sin víctimas. Se negó a reconsiderar su fervoroso apoyo a la guerra contra los consumidores de drogas y a un tope mínimo para las sentencias. Al igual que Lieberman en 2000, Kerry se ha mostrado como un puritano cultural, regañando repetidamente a los adolescentes por la ropa que llevan, por la música que escuchan y por las películas que ven. Pero ni siquiera Lieberman fue tan lejos como para apoyar la Ley de Decencia en las Comunicaciones, cosa que Kerry sí hizo (afortunadamente, hasta este Tribunal Supremo tuvo el buen sentido de dejar sin efecto la ley, reconociendo que transgredía la Primera Enmienda). Todo eso es algo que saben muy bien los demócratas actuales, pero Kerry siempre iba más allá. En el Senado votó a favor del proyecto de Clinton en 1996 de dismantelar las ayudas al bienestar de las madres pobres y sus hijos.

¹⁰ En los inicios de su carrera en el Senado Kerry consiguió aparecer en los titulares en relación con sesiones sobre el contrabando de drogas Contra-CIA y con el BCCI, el Banco defraudador paquistaní vinculado a la CIA. Algunos veteranos del Senado le debieron de decir que cuidara sus maneras y sus ladridos de perro de presa se acallaron de repente.

Castigar a los países

Kerry ha respaldado con entusiasmo las dos guerras de Bush. En julio de 2004, en el mismo momento en que el propio Bush daba señales de vacilación, Kerry pidió que se enviarán 25.000 soldados más a Iraq, con un plan para que el ejército estadounidense permaneciera allí al menos durante los próximos cuatro años. Kerry apoyó la Ley Patriótica sin reservas y sin detenerse mucho a considerarla. Y no parece que se tratara de una aberración momentánea provocada por la histeria tras el 11 de Septiembre, ya que también votó a favor de sus dos antecesoras durante la era de Clinton, el proyecto de Ley sobre el Crimen de 1994 y la Ley de 1996 sobre la Pena de Muerte Eficaz y Contra el Terrorismo¹¹. A mediados de agosto un veterano ayudante de Kerry dijo que su jefe apoyaba «el 96 por 100» de la Ley Patriótica y de hecho había configurado parte de su lenguaje. En su libro *The New War*, Kerry escribía en 1997, cinco años antes de Guantánamo: «Debemos considerar ahora la posibilidad de experimentar con nuestros socios más próximos un sistema que establezca tribunales especiales para juzgar los casos en los que haya víctimas en el extranjero». Y proseguía:

Al tratar con Estados declaradamente criminales, Estados Unidos puede verse obligado en ocasiones a tomar medidas unilaterales para proteger a sus ciudadanos, sus intereses y su integridad. Esto no tiene que cobrar una forma tan espectacular como nuestra invasión de Panamá y la detención de Noriega, aunque sería imprudente descartar a priori esa opción. Lo que quiero decir es que podemos y debemos castigar a los países que se nieguen deliberadamente a proteger a nuestros ciudadanos y se conviertan de hecho en patrocinadores de la criminalidad, como estamos haciendo ahora con Myanmar y Nigeria¹².

Más allá de su compromiso a «llegar hasta el final» en Iraq, la política global de Kerry es prácticamente indistinguible de la de Bush, aunque su postura ante Israel haya sido servil hasta para las normas demócratas habituales, expresando por ejemplo su comprensión por el asesinato por parte de Israel del líder de Hamas Rantissi. Su principal asesor en política exterior, Rand Beers, trabajó primero para Clinton, y luego para Bush, como experto en «contraterrorismo»; fue uno de los arquitectos del Plan Colombia, defendiendo ardientemente el programa de erradicación de la coca que contemplaba la posibilidad de fumigar con glisofato a los campesinos y sus granjas. Kerry ha reprochado a Bush ser demasiado blando con Chávez, y ha acusado al líder venezolano de ayudar a los traficantes de droga y de estar demasiado próximo a Castro. Según Beers, «la Administración de Bush ha difuminado un tanto lo que está sucediendo en Venezuela; no estaban dispuestos a hacer todo lo necesario para defender la democracia».

¹¹ Kerry se opone personalmente a la pena de muerte, aunque exceptuando a los terroristas y asesinos de policías. Tales exclusiones rituales suelen ampliarse, cuando lo exigen las circunstancias, para incluir a los asesinos de niños y otras categorías impopulares.

¹² John KERRY, *The New War: the Web of Crime that Threatens America's Security*, Nueva York, 1997, p. 182.

En el plano internacional, Kerry se ofrece como un gestor más competente de la agenda de Bush, con una mano más firme al timón del Imperio. En cuanto a la política interna, lo mejor que se puede esperar de él es un regreso al desgraciado *statu quo ante* del impuesto sobre la renta, más modestos incrementos de la financiación de Medicare/Medicaid y mejores prestaciones de los seguros, aunque sea improbable que ello sea aprobado por un Congreso lleno hasta la bandera con representantes leales de los intereses sanitarios comerciales, y en cualquier caso tal propuesta estará subordinada a la primera tarea de Kerry, que será reducir el déficit. Con independencia de quien se siente en el Despacho Oval el próximo enero, el nuevo presidente deberá afrontar una situación económica muy seria, con el nivel de la deuda nacional en relación con el PIB situado en un máximo sin precedentes, y la clara perspectiva de un pinchazo de la burbuja inmobiliaria que muy probablemente llevará al país de nuevo a la recesión de la que apenas acaba de emerger.

El pedigrí de Kerry cumple todos los requisitos necesarios. Fue miembro fundador del Democratic Leadership Council, la camarilla de neoliberales que reconfiguraron la imagen del Partido Demócrata como un partido halcón y proempresarial con una ligera matización en favor del aborto: esencialmente una versión más tacaña de los republicanos de Rockefeller. La estrategia del DLC se ha concentrado en los profesionales de cuello blanco y las empresas, en particular en el área de la «nueva economía» a cuyos directivos cortejó con tanto éxito Clinton; se trata de estratos capaces de entregar contribuciones a la campaña muy superiores a las que podrían aportar las organizaciones sindicales. El Partido Demócrata, proseguía ese argumento, siempre podrá contar con el voto de los obreros, que no tienen otra opción. Dirigirse a los multimillonarios de la nueva economía tenía su propia lógica imparable. Como decía David Friedman, de la Fundación para la Nueva América, en *Los Angeles Times*: «La eliminación de las preocupaciones de la clase obrera de la política en otro tiempo progresista de América» refleja los intereses de «una nueva y fabulosa elite privilegiada, que incluye a los gurúes de las páginas web y los ordenadores, a los magnates de los medios de comunicación y a los grandes intermediarios financieros», quienes ejercen ahora una «influencia sin precedentes» sobre los liberales y el propio partido¹³. Entre las categorías de los patrocinadores de la convención demócrata de este año –platino

¹³ Citado en Kevin PHILLIPS, *Wealth and Democracy*, Nueva York, 2002, p. 342. Los sectores, profesiones e industrias que más han contribuido a la campaña de Kerry en 2004 hasta ahora son bufetes de abogados, jubilados, educación, valores e inversión, sanidad, inmobiliarias, Hollywood, editoriales y publicaciones y funcionarios públicos; los mayores contribuyentes individuales: donantes relacionados con la Universidad de California, Harvard, Goldman Sachs, Skadden Arps, Time Warner, Citigroup, UBS Americas, Robbins Kaplan *et al.*, Piper Rudnick LLP, Microsoft, Morgan Stanley, Viacom, Bank of America, JP Morgan, Stanford, Universidad de Michigan, IBM; los principales recaudadores de fondos: Alan Solomont, de Solomont Bailis Ventures, en Massachusetts; Orin Kramer, de Kramer Spellman, en Nueva York; Ben Barnes, el intermediario que le consiguió a Bush un puesto a salvo en la Guardia Nacional, de Entrecorp, en Texas; Richard Ziman, de Arden Realty, en California; Mark Weiner, de

plus (más de dos millones de dólares), platino (más de un millón), oro (más de medio millón), plata (más de 250.000 dólares)— hasta las mayores contribuciones sindicales aparecen en la categoría inferior (bronce).

El gran silencio liberal

La obsesiva actitud «Cualquiera menos Bush» en todo el espectro liberal-progresista le ha permitido a Kerry no ser atacado por ninguna fracción del Partido Demócrata. Éste ha sido el año de la rendición silenciosa. La candidatura de Dean se agotó en Iowa, tras haber servido para incorporar al campo demócrata a gran parte del movimiento antiguerra, que cuando se hundió Dean aceptó «Cualquiera menos Bush» como disculpa y se comprometió a apoyar a un candidato belicista. Buscar pruebas de protestas activas contra Kerry en la izquierda liberal estadounidense a finales del verano de 2004 era como caminar sobre las cenizas esparcidas por el volcán Santa Elena tras la erupción. En treinta años no puedo recordar nada parecido.

No se puede acusar a Kerry de engañar a sus eventuales votantes. En los meses que han pasado desde que quedó asegurada su nominación, ha ido decepcionando sistemáticamente a una fracción tras otra de su electorado liberal. En abril se advirtió al movimiento sindical de que la primera tarea de Kerry sería luchar contra el déficit. En mayo, y de nuevo en julio, se comunicó a las mujeres que el candidato compartía con el *lobby* antiabortista su opinión sobre la relación entre la concepción y el comienzo de la vida, y que nombraría jueces contrarios a la opción libre. En junio Kerry prometió a los opositores a la guerra cuatro años más de ocupación de Iraq.

En sintonía con su breve periodo como fiscal en Massachusetts, Kerry ha prometido poner más polis en las calles y que no descansará en la guerra contra las drogas. El total de los atrapados en las redes del sistema judicial penal, ya sea en la cárcel, en libertad condicional o sometidos a determinadas medidas de seguridad, se acerca ahora a los 6,9 millones de personas, lo que equivale al 3,2 por 100 de la población adulta de Estados Unidos. En muchas ciudades un joven negro tiene más probabilidades de que lo encierren que de encontrar un empleo, ya que la cárcel es la respuesta definitiva de ambos partidos, demócrata y republicano, a las teorías de John Maynard Keynes. Los negros no pueden esperar nada de Kerry, aparte de la declaración de su mujer de que también ella es afroamericana¹⁴, pero el caucus negro del Congreso aclama al hombre que

Financial Innovations, en Rhode Island; Bob Clifford, del bufete de abogados Clifford, en Illinois; Hassan Nemaze, of Nemaze Capital, en Nueva York; James Johnson, de Perseus Corp, en Washington DC. También hay grandes donantes individuales como Soros, sirviendo el jugo de 527 operaciones.

¹⁴ La muy adinerada Teresa Heinz Kerry, viuda del senador republicano John Heinz y heredera de la fortuna de Ketchup y StarKist, nació en Mozambique en 1938, en una familia de origen portugués.

votó por la «reforma» de las políticas de bienestar y que dedica su tiempo a despellejar a Ralph Nader.

¿Y con respecto a la guerra en Iraq? La mayoría del país, y en particular de los demócratas, quiere que nos vayamos. Kerry pretende seguir allí, aún más que Bush. Cuando el Comité Nacional Demócrata le dijo a Dennis Kucinich qué hacer con su plan de paz, el representante por Ohio se mesó los cabellos y pidió a sus seguidores que regresaran bajo la Gran Carpa y ayudaran a elegir a un hombre que se compromete a dirigir mejor la guerra y durante más tiempo que Bush. Las líderes feministas mantuvieron la boca cerrada cuando Kerry habló del nombramiento de jueces antiabortistas. Los líderes gays tampoco dijeron ni pío cuando Kerry declaró su oposición a los matrimonios entre gente del mismo sexo. ¿Oímos siquiera un respingo a Norman Lear y al People for the American Way cuando Kerry, el hombre que votó por la Ley Patriótica, resucitó su postura, del estilo de la de Tipper Gore [la mujer del ex vicepresidente] sobre los males de la cultura popular y dijo que presentaría leyes para sortear la separación constitucional entre Iglesia y Estado permitiendo que «organizaciones basadas en la fe» pudieran recibir subvenciones de los fondos federales?

En la primavera de 2004 Kerry le dijo a James Hoffa, del sindicato de camioneros, que aunque no tocaría el Refugio Nacional Ártico de la Vida Salvaje, «perforaría en todos los demás lugares como nunca se había hecho antes». No hubo ni un suspiro de queja de los principales grupos ecologistas. Un par de meses después volvió a reafirmarse en los mismos planes ante la American Gas Association, presentando la perspectiva de un nuevo gaseoducto Alaska-Canadá para el gas natural del Ártico; de nuevo las grandes organizaciones ecologistas se mantuvieron calladas. Cierto es que Andy Stern, líder del sindicato de empleados de servicios, provocó un pequeño revuelo en la convención al confiar a David Broder, de *The Washington Post*, que otros cuatro años de Bush podrían ser menos perjudiciales que la asfixia de la reforma que necesitan el partido y el movimiento sindical que tendría lugar si Kerry se convierte en presidente, aunque tras un corto periodo de reeducación se echó atrás y dijo que estaba «un ciento por ciento» en favor de éste¹⁵. Así terminó la gran revuelta del movimiento obrero contra un candidato que ha hecho cuanto ha podido en el Congreso para asegurar la disminución de puestos de trabajo en Estados Unidos, y cuyo compromiso con el nivel de vida de los trabajadores se resume adecuadamente en su promesa de elevar el salario mínimo a siete dólares por hora en 2007, muy por debajo de donde estaba, en términos reales, hace casi cuarenta años¹⁶.

¹⁵ Su sindicato, Service Employees International Union (SEIU), pasó varias semanas tras la convención tratando de mantener fuera de la carrera electoral en Estados como Oregón a Ralph Nader, un hombre que ha hecho más por los trabajadores que lo que haya hecho o vaya a hacer nunca John Kerry.

¹⁶ Compárese la negativa liberal-progresista a plantear cualquier tipo de problema con el rudo comentario del organizador conservador Paul Weyrich: «Pese a todo su brillo, [Ken] Mehlman y Karl Rove [...] cometieron un grave error en la convención [republicana], que la base no debe-

Desempleo y guerra

Desde julio de 2004, la apuesta por Kerry como ganador en noviembre se basaba en dos aspectos sobresalientes del panorama político: la guerra y la economía. Bush ha metido a Estados Unidos en un costoso embrollo en Iraq, obligando a los reservistas a pasar allí periodos que no está claro cuándo acabarán, una decisión ampliamente rechazada. La recuperación económica, por llamarla de algún modo, ha ofrecido el peor registro en la generación de nuevos puestos de trabajo desde 1947. ¿Cuál ha sido la respuesta del candidato demócrata?

Kerry se ha esforzado metódicamente por erradicar cualquier esperanza de que pudiera sacar a Estados Unidos de la guerra de Bush en Iraq. De regreso a la campaña tras el bullicio alborozado de Boston, administró otra bofetada a los decaídos progresistas que trataban de convencerse de que era más pacifista que Bush: renunció a plantear la cuestión de las inexistentes armas de destrucción masiva de Saddam como cuestión electoral. Jamie Rubin, principal portavoz del Departamento de Estado con Clinton y ahora jefe de prensa de Kerry en política exterior, fue quien anunció este descomunal regalo a Bush. Dijo que «sabiendo lo que sabe hoy» sobre la ausencia de armas químicas, biológicas y nucleares en Iraq, Kerry seguiría votando por autorizar la guerra y que «con toda probabilidad» habría desencadenado un ataque militar para desalojar a Hussein si ahora fuera presidente (anteriormente Kerry sólo había dicho, con su típica franqueza, que «quizás» habría ido también a la guerra). El propio Kerry aportó ciertas matizaciones desde Arizona, donde dijo a la prensa que, sabiendo lo que sabe hoy, no habría cambiado su voto para autorizar la guerra, aunque habría manejado las cosas de forma «muy diferente» a la de Bush.

A finales de agosto, mientras las fuerzas estadounidenses libraban duros combates en Nayaf y las bajas americanas se acercaban inexorablemente al millar, Robin pidió excusas a *The Washington Post* por su frase «con toda probabilidad». De forma más filosófica explicó ahora que era «incognoscible si Kerry habría desencadenado la guerra. Concretamente dijo: “Bush se lanzó a la guerra de forma equivocada. Lo que no sabemos es qué habría sucedido si un presidente lo hubiera hecho de la forma apropiada”¹⁷. Igualmente incognoscible es lo que pueda significar «muy dife-

ría tolerar. Si el presidente se siente molesto por ser visto con los conservadores en la convención, quizá los conservadores prefieran no ser vistos con el presidente el día de las elecciones.

¹⁷ *The Washington Post* (25 de agosto de 2004). El respaldo de Kerry a la guerra de Bush en Iraq coincidió con declaraciones de dos veteranos republicanos diciendo que la guerra era un desastre y que Estados Unidos debería salir de allí. Doug Bereuter, vicepresidente del Comité de Inteligencia de la Cámara de Representantes, escribió a sus electores del primer distrito de Nebraska: «Sabiendo lo que ahora sé sobre la inteligencia deficiente o insuficientemente corroborada utilizada para concluir que Saddam disponía de un sustancial arsenal de armas de destrucción masiva, creo que no estaba justificado lanzar la acción militar preventiva». En la feria del Estado de Iowa a mediados de agosto, el congresista Jim Leach pidió que las tropas estadounidenses se retiren de Iraq antes de fin de año. Fue uno de los pocos

rente» para Kerry. Con Bush, la ONU ofreció su pleno respaldo a la ocupación en marcha y a su gobierno títere en Bagdad; 50 Estados islámicos han firmado el apoyo; las fuerzas de la OTAN están trabajando duramente dentro de las fronteras iraquíes¹⁸.

En cuanto a la economía, el mensaje de Kerry en la convención de Boston fue claro. Sentado junto a su mujer durante su discurso de aceptación de la nominación estaba Robert Rubin, el secretario del Tesoro al servicio de Wall Street durante los años de Clinton, cuyos antiguos subordinados están elaborando ahora la política económica de Kerry. Aquí podemos también señalar lo obvio: el movimiento sindical, agrupado en los grandes sindicatos de la AFL-CIO, está prácticamente muerto como fuerza política en el escenario nacional. La afiliación en el sector privado ha caído hasta el 9 por 100 de la fuerza de trabajo, y sigue disminuyendo un 1 por 100 cada año. En 1992 los sindicatos podían todavía reivindicar la introducción de un matiz retórico en la campaña de Clinton, con sus promesas de «poner al pueblo en primer lugar». Clinton pagó el dinero y los esfuerzos de los trabajadores por conseguirle votos traicionándoles en la reforma sanitaria y sin hacer nada sobre las leyes laborales; a menos que esto cambie, las perspectivas para la sindicalización son muy oscuras.

En 2004 los sindicatos no han obtenido ni un solo compromiso significativo de Kerry. Lo único que le preocupa es Wall Street y los banqueros. Con su declaración en abril de que el déficit sería su primera preocupación, decía adiós a cualquier programa de creación de puestos de trabajo decentes. Las principales funciones políticas de los grandes sindicatos son, internamente, mantener unidos a sus miembros y conseguir dinero para el candidato demócrata, e internacionalmente utilizar los millones puestos en sus manos por la National Endowment for Democracy e instituciones parecidas para subvertir las organizaciones radicales (como en los recientes esfuerzos para derrocar a Hugo Chávez). Ésa es la historia, otro hito en el declive sindical que se arrastraba desde finales de la década de los sesenta. Kerry no hará nada para detener ese declive, aunque sus recortes en el gasto público, si su pretensión de reducir drásticamente el déficit va en serio, pueden contribuir a apresurarlo¹⁹.

republicanos que votaron contra una resolución que autorizaba al presidente George W. Bush a utilizar la fuerza en Iraq. Una crítica parecida por parte demócrata ha sido prácticamente inaudible, siendo Russell Feingold de Wisconsin el único senador estadounidense que votó contra la Ley Patriótica, y uno de los pocos que se han mostrado públicamente en contra de la actitud de Kerry sobre la guerra.

¹⁸ Uno de los argumentos más fatuos de los patrocinadores del lema «Cualquiera menos Bush» es que el pueblo iraquí desea su derrota, y que sería equivocado frustrar esa esperanza. Como si los que fueron capaces de señalar a Vieira de Mello, Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos, como blanco lógico, fueran incapaces de juzgar con realismo sobre la continuidad del Imperio, o de recordar que quien estaba al mando durante ocho años de sanciones letales era un presidente demócrata.

¹⁹ La mengua en el apoyo de Wall Street a Bush a finales de agosto de 2004 se basaba ante todo en un deseo de ver caer el déficit federal: *Financial Times*, 25 de agosto de 2004.

Los progresistas han proclamado que el lema «Cualquiera menos Bush» (que alcanzó su cómico nadir con la furiosa defensa de Kerry como acreditado héroe de guerra y de sus medallas en Vietnam, junto a las denuncias de Bush como desertor) aseguran que en el momento en que Kerry jure como presidente estarán en las calles, atacando desde la izquierda. Basta recordar la rendiciones de los años de Clinton, mencionadas más arriba, para predecir con cierta seguridad que esas promesas de resistencia son *flatus vocis*.

Salvaguardar el duopolio

Los demócratas, siempre favorables a los monopolios, creen que deberían tener la concesión exclusiva de cualquier desafío electoral a Bush y los republicanos. La campaña de Nader les incita a diatribas históricas. Los republicanos son gente más relajada. Ross Perot y su Partido de la Reforma le costaron a George Bush Sr. su reelección en 1992, pero nunca suscitaron ni una décima parte de las críticas que llueven sobre Nader por su atrevimiento²⁰. Por supuesto, los demócratas se merecen ese desafío. Durante los años de Clinton el partido permaneció «unido» en su fidelidad a la corrupción empresarial y a la brutalidad de la derecha; por eso nació, inevitable y oportunamente, el reto independiente en torno a Nader, con modestia en 1996, con mayor fuerza en 2000 y ahora de nuevo en 2004. Las razones para el desafío de Nader son tan sólidas como las que había en favor de Henry Wallace hace medio siglo.

La cuestión política central en Estados Unidos hoy día es la decadencia del propio sistema político y de los dos partidos que se reparten sus despojos. Mire uno adonde mire, a los distritos divididos para favorecer a unos o a otros, a los métodos de recuento, o a la financiación, la corrupción humea como vapores malsanos que brotarán de una vasta ciénaga. En la Cámara de Representantes hay sólo unos 35 escaños en seria disputa; el resto se han convertido en patrimonio permanente. Una característica clave para entrar en la casta política profesional de Estados Unidos es la capacidad, tan bien demostrada por Kerry como senador por Massachusetts, de cultivar los intereses de una base de donantes multimillonarios. Ciertamente es que el dinero ha desempeñado siempre un papel decisivo en la política estadounidense, pero estos días las cantidades requeridas son auténticamente enormes. Fue el congresista Tony Coelho de California el que orientó al Partido Demócrata en la década de los ochenta hacia las montañas de dinero disponibles en las cajas de las empresas (siempre que se dieran los compromisos pertinentes), estableciendo así la orientación hacia las subastas

²⁰ Como ha señalado Michael Eisencher, no fue Nader sino Bush quien le quitó votos a Gore en 2000: «El 20 por 100 de los votantes demócratas, el 12 por 100 de los votantes autoidentificados como liberales, el 39 por 100 de los votos de mujeres, el 44 por 100 de los ancianos, un tercio de los votantes que ganan menos de 20.000 dólares al año, el 42 por 100 de los que ganan entre 20.000 y 30.000 dólares al año y el 31 por 100 de los miembros de los sindicatos que votaron lo hicieron por Bush». Véase «The Greening of California», *Z Magazine* (diciembre de 2000).

del dormitorio de Lincoln en la época de Clinton y las excursiones encubiertas de Gore al templo budista.

Hay muchas campañas en Estados Unidos que oponen el idealismo y el deseo de justicia a las crueldades y opresiones del sistema. No siguen el ciclo político y han tenido que sufrir las injurias de demócratas y republicanos. La lucha por una solución justa en Palestina ha crecido desde la práctica invisibilidad a comienzos de la década de los setenta hasta convertirse en un importante movimiento activo en todo Estados Unidos, en particular en las iglesias y grupos comunales y en los campus universitarios. La incansable denuncia por parte de Nader del Comité de Asuntos Públicos Americano-Israelíes (AIPAC), de la Liga Contra la Difamación [organización proisraelí «para contrarrestar la difamación del pueblo judío»] y del poder maligno del *lobby* proisraelí era inconcebible hace sólo una década. El hecho de que Nader, de origen palestino, se animara a romper el silencio público de toda una vida sobre el tema atestigua el cambio aportado por treinta años de organización.

Si ha habido alguna vez una campaña de largo recorrido, es la que se desarrolla contra la pena de muerte, que alcanzó su mayor victoria reciente en Illinois cuando el gobernador Ryan reconoció las torturas y racismo de la policía y sacó a una docena de internos del pabellón de la muerte. Año tras año, las campañas contra la pena de muerte en todo el país ofrecen vívidas imágenes del salvajismo del Estado en cada etapa, desde las biografías de los condenados hasta las cintas transportadoras hacia la casa de la muerte que corren continuamente en Estados como Texas y Florida.

El uso médico de la marihuana ha sido una importante victoria en la larga campaña de guerra de guerrillas contra la «guerra a las drogas», que esencialmente es una guerra contra los pobres y en particular contra las minorías. El derecho de la gente con dolores permanentes a disponer del paliativo que prefiera tendrá indudables repercusiones en el combate contra la industria farmacéutica y la iniquidad de la ley y de su puesta en práctica. La campaña por un salario mínimo vital, desarrollada en una ciudad tras otra en todo el país, tiende a la construcción de un movimiento que luche realmente por la clase obrera. Frente al declive de las organizaciones sindicales, esas campañas han generado coaliciones a escala urbana, por debajo del radar de los poderes que operan en los Estados y las legislaturas federales.

Muchos constatan un escaso interés por la campaña electoral. Un simple rechazo a votar por ningún candidato presidencial podría hacer que la participación cayera por debajo del 50 por 100; una demostración tan palpable del escepticismo popular sobre la realidad de la democracia en Estados Unidos como estimulante fue el resultado del referéndum en Venezuela. El próximo presidente estadounidense podría no llegar a contar siquiera con un «mandato» mayoritario de la parte del electorado que acude a las urnas. Por la misma razón, la configuración de la resistencia durante los próximos años no provendrá de un voto por Kerry, ni siquiera por Nader, sino de

que se aprovechen o no esas energías vitales e idealistas que siempre brillan en el firmamento estadounidense, a la espera de su liberación.

EL VIETNAM DE KERRY — CUATRO MESES, CINCO MEDALLAS

La prensa liberal se ha mostrado reticente a la hora de comprobar —y hasta para rastrear— la legitimidad de las dudas de los veteranos sobre cómo consiguió Kerry sus medallas. Tras llegar a Vietnam el 17 de noviembre de 1968, Kerry participó en la operación Señores del Mar, que tras la ofensiva del Tet pretendía aterrorizar a los campesinos del delta del Mekong y alejarlos del Frente de Liberación Nacional. Toda el área, excepto determinadas «aldeas amistosas», era una zona de fuego libre, lo que significa que los estadounidenses podían disparar sobre quien quisieran y registrar como Viet Cong a cualquiera que mataran. Una noche tras otra, las lanchas Swift surcaban las aguas, hostigando y a menudo matando a los aldeanos, pescadores y granjeros. En las misiones diurnas esas lanchas eran acompañadas por helicópteros Cobra que bombardeaban las orillas del río y lo que quedaba del bosque, destrozado por el napalm y el agente naranja.

Kerry se mostraba muy aplicado en esta tarea. Como relataba admirablemente su ametrallador James Wasser, «Kerry era un oficial extremadamente agresivo, como yo mismo. Me gustaba cómo dirigía la lucha contra el enemigo, que fuera osado y rudo, sin miedo a verter sangre por su país». En Nochebuena tuvo lugar un incidente significativo en una operación de patrulla cerca de la frontera camboyana. Kerry ordenó a Wasser abrir fuego de ametralladora contra una pequeña aldea de pescadores. En el libro *Tour of Duty* de Douglas Brinkley, Wasser cuenta cómo mató a un viejo granjero que conducía a un búfalo de agua: «Recuerdo con terror el rostro de aquel anciano. Sólo estaba haciendo su trabajo cotidiano, sin perjudicar a nadie. Puede que fuera Nochebuena, pero me sentí muy triste después de aquello». Resultó que la lancha de Kerry había disparado contra una de las pocas aldeas «amistosas», con una guarnición de soldados survietnamitas. Resulta muy notable que nunca encontremos, en ninguno de los diarios o cartas de Kerry de la época, la menor expresión de contrición o remordimiento. Compárense las afligidas reflexiones de Wasser con la siguiente autojustificación en el diario de Kerry: «No cabe duda de que ocasionalmente algunos inocentes fueron heridos cuando tratábamos de defendernos del enemigo, pero de todos los casos acontecidos en Vietnam que podrían calificarse de masacres, éste fue ciertamente el más ficticio».

La noche del 2 de diciembre de 1968 fue la primera en que Kerry salió de patrulla. Él y sus hombres abrieron fuego contra algunos vietnamitas que huían de un sampán arrimado a la orilla. Según el informe de Kerry, «el aire se llenó de explosiones [...]; de pronto sentí una terrible punzada en el brazo que quemaba como el infierno». Según el miembro de su grupo William Schachte y el oficial al mando Grant Hibbard, Kerry había dispa-

do su lanzagranadas M-79 demasiado cerca de la orilla. La granada explotó contra una roca y un diminuto fragmento de metal, de apenas 2 mm de ancho y menos de 1 cm de largo, rebotó y le golpeó en el brazo. El médico que lo trató estaba sorprendido de que la esquirla se hubiera mantenido en el brazo de Kerry en el viaje hasta el hospital de campaña. Se la quitaron con un par de pinzas y le cubrieron la herida con una venda. De regreso a la base, Kerry le dijo al escéptico subcomandante Hibbard que la herida merecía un Corazón Púrpura, e insistió hasta que éste aceptó recomendar la condecoración.

El 20 de febrero de 1969 Kerry sufrió otra herida que le valió su segundo Corazón Púrpura. Su propio informe de operaciones habla de «intenso fuego de cohetes y fusiles [...], un trozo de metralla en la pierna izquierda [...]. La sangre corría hasta la cubierta». Los que estaban con él no recuerdan fuego enemigo ni «sangre en la cubierta», y no hay informes de que ninguna lancha del convoy sufriera daños; quizás otro rebote de su propio M-79 pudo ser el responsable. Curaron la pierna de Kerry rápidamente en un barco cercano a la orilla, y «regresó a su puesto horas más tarde».

La Estrella de Plata de Kerry, que lo elevó al útil *status* de «héroe de guerra», le fue concedida por un incidente que tuvo lugar el 28 de febrero de 1969, cuando su lancha fue atacada en el río Dong Cung. Desobedeciendo las órdenes, Kerry atracó la lancha en la orilla y ordenó abrir fuego con ametralladoras de 12,7 y 15,24 mm contra quienes les disparaban. Su razón para acercarse a la orilla, como explicó a Brinkley un miembro del equipo, era comprobar el número de muertos: «Nunca sabíamos si habíamos matado a algún Viet Cong o no». El pelotón halló el cuerpo de un vietnamita muerto por las balas de ametralladora y luego siguieron río abajo, hasta que les disparó de nuevo un joven vietnamita con un lanzagranadas B-40. Kerry contó así la historia a Jonathan Carroll, de *The New Yorker*, en 1996: «Se trataba de él o de nosotros. Era así de simple. No sé por qué no fuimos nosotros [...]; estaba frente a nos-otros, apuntándonos con un lanzacohetes, y por alguna razón no apretó el gatillo, sino que giró sobre sus talones y salió corriendo». El ametrallador de Kerry Tommy Belodeau no veía ningún misterio en que el soldado vietnamita no disparara: no había recargado el lanzagranadas tras el primer disparo contra la lancha de Kerry, y estaba en realidad desarmado. Como explicaba Belodeau a David Warsh, de *The Boston Globe*, él mismo abrió fuego con su ametralladora M-60 sobre el vietnamita desde unos 3 metros, hiriéndole en las piernas. El herido se arrastró para ocultarse tras una choza cercana. En ese momento, contaba Belodeau, Kerry agarró un fusil M-16, saltó de la lancha, se acercó al hombre agonizante y acabó con él. O con las palabras de la mención de la Estrella de Plata de Kerry (concedida por el almirante Zumwalt, basándose en el informe sobre el incidente escrito por el propio Kerry):

Con el mayor desinterés por su propia seguridad e ignorando los cohetes enemigos, ordenó de nuevo cargar contra el enemigo, atracó su lancha a sólo tres metros de la posición del lanzacohetes y dirigió personalmente una

patrulla en persecución del enemigo [...]. El extraordinario arrojo y valor personal del teniente Kerry al atacar a una fuerza superior en número pese al intenso fuego permitió el éxito de su misión.

Dos semanas después, el 3 de marzo de 1969, Kerry consiguió su Estrella de Bronce y su tercer Corazón Púrpura en el incidente del «rescate de las aguas» convertido ahora en un anuncio en televisión de 50 millones de dólares. Según cuenta Kerry, una mina estalló junto a su lancha, arrojando al teniente de las fuerzas especiales Jim Rassman al agua e hiriendo gravemente a Kerry. Con el brazo sangrando y fuego enemigo por todas partes, Kerry consiguió alzar heroicamente a Rassman y ponerlo a salvo. Los otros testigos aseguran que no había fuego enemigo, que Kerry se escondió en un primer momento cuando estalló la mina, y que sólo regresó para ayudar cuando vio que no había nadie por allí. Los informes médicos certifican que Kerry sufrió sólo contusiones menores en el brazo cuando la detonación lo arrojó contra una mampara de la lancha, y pequeñas heridas de metralla en las nalgas, al parecer procedentes de un incidente ocurrido anteriormente ese mismo día. La lancha de Kerry había estado transportando boinas verdes, «focas» [SEAL: Sea Air and Land] de la Armada y asesinos *nung*, que habían atacado equivocadamente, y no por primera vez, una aldea amiga. Los boinas verdes y las «focas» abrieron fuego contra tropas survietnamitas que interrogaban a un grupo de mujeres y niños; al menos 10 de los aldeanos resultaron muertos. Entretanto, desobedeciendo las órdenes, Kerry había abandonado su lancha, se había unido a los *nung* y allí estaba, según sus propias palabras, «disparando y haciendo saltar cosas por los aires». Uno de los *nung* (según algunos informes el propio Kerry) arrojó una granada contra una cabaña llena de sacos de arroz. Algunos granos de arroz y diminutos fragmentos de metal se incrustaron en el trasero de Kerry, lo que le valió el tercer Corazón Púrpura y le permitió solicitar que lo transfirieran fuera de Vietnam.

Las cintas magnetofónicas de Nixon registran un momento divertido en abril de 1971, después de que el presidente hubiera estado viendo en televisión una actuación de Kerry como portavoz de los Veteranos Contra la Guerra: «Es una especie de farsante, ¿no?», observó, añadiendo después: «Sólo es bueno desde el punto de vista de las relaciones públicas».

Véase la larga investigación sobre la conducta de Kerry en Vietnam realizada por Jeffrey St Clair y por mí mismo: «What Kerry Really Did in Vietnam», CounterPunch (29 de julio de 2004). El texto altamente admirativo de Douglas Brinkley, Tour of Duty: John Kerry and the Vietnam War, Nueva York, 2004, basado casi enteramente en los diarios y cartas de Kerry, ofrece muchas anécdotas elocuentes. Véase también Michael Kranish, Brian Mooney y Nina Easton, John F. Kerry: The Complete Biography by the Boston Globe Reporters Who Know Him Best, Nueva York, 2004; y John O'Neill y Jerome Corsi, Unfit for Command, Washington DC, 2004.